

CULTURAS JUVENILES (PLAN PAS PERU www.planpasperu.org.pe)

I LO SOCIAL Y LOS JÓVENES

La mirada holística implica que la realidad social no es algo fragmentario que se puede «estudiar» como una cosa aparte, sino que es una totalidad compuesta por estructuras, funciones y dinámicas que hacen parte de un complejo cultural en el que las personas se encuentran inmersas.

Por supuesto, este acercamiento holístico no es nada nuevo en la antropología, en donde tradicionalmente se intentó mirar a las sociedades llamadas «primitivas» como un «todo» en donde las diferentes «esferas» de la vida social estaban interrelacionadas totalmente. Esta visión ya estaba presente en Lewis Henry Morgan cuya metodología se basaba en el concepto de totalidad, con la cual consideraba fundamental tener en cuenta «el conjunto, el sistema, la totalidad, y no rasgos aislados» lo que se fundamenta en la idea de que «los hechos sociales o los objetos, por regla general, son poco significativos por sí mismos; importan en cuanto están relacionados con otros, bien porque los determinan, bien porque se refieren a ellas.

II JÓVENES Y CULTURA

La mirada adulto-céntrica sobre la cultura juvenil ha estado permeada por la moral imperante que no logra entender que la dinámica social implica un cambio en donde la «norma» instituida por la cultura hegemónica se ve confrontada por las nuevas generaciones, no porque estas estén llenas de personas con problemas, sino porque la dinámica de la transformación cultural es de índole dialéctica.

Es decir, la cultura no es estática, se transforma permanentemente mediante la constante confrontación de sus supuestos por parte de los nuevos individuos a quienes no satisface lo que la sociedad ofrece como «lo que debe ser», siendo así que esto es visto como una anomalía por parte de un mundo adulto que representa el orden establecido, que ha olvidado que diversos sectores de las generaciones anteriores también fueron calificados a su vez como «jóvenes rebeldes» o «anárquicos». *Son las culturas juveniles las que se encuentran «reconstruyendo y creando nuevos modelos societales, nuevos valores y solidaridades, construyendo nuevas subjetividades».* Esto, por supuesto, no quiere decir que todos los cambios que ocurren en la sociedad y, por ende, en la cultura, sean producto de las culturas juveniles, pero no podemos desechar el profundo impulso transformador de estas.

En general, este tipo de miradas sobre las culturas juveniles ha sido producto del creciente choque entre ellas y algunos sectores sociales, **principalmente el mundo institucional**, miradas que no pueden reconocer formas diferentes de ser-estar en el mundo, lo cual implica transformaciones en la forma de establecer relaciones, de mirar la sociedad o, por lo menos, la construcción de sueños diferentes. La juventud ha sido

vista como una desviación o como algo incompleto, como una condición en proceso de formación para llegar a la adultez, es decir, en tanto no se han «realizado», se caracterizan por su inmadurez, inestabilidad, irresponsabilidad e improductividad, pero ser joven hoy, está *transformando su sentido anterior* para convertirse en un nuevo actor social (Martín-Barbero 1998:30).

SUBCULTURAS Y AGRUPACIONES JUVENILES (TRIBALIZACIÓN)

Ya Pierre Bourdieu ha señalado que la categoría de «juventud » es una construcción social atravesada por relaciones de poder e implicaciones de clase que determinan quién y cuándo se es «joven», así como qué es ser joven. No podemos olvidar que amplios sectores de la «juventud» siguen los preceptos del statu quo, así como no todas las personas «adultas» son representantes del orden establecido.

Debemos cuidarnos continuamente de no caer en posiciones binarias y esencialistas que son insostenibles. Por otra parte, las agrupaciones juveniles han sido consideradas como parte del fenómeno llamado neotribalización, el cual hace referencia a que diversos grupos de jóvenes se organizan en torno a la idea de un colectivo de carácter neotribal, resultado del individualismo, la escasez de contactos y la aceleración de la vida moderna, y *que se representa como una creciente anomia que se entrecruza con lo dionisiaco, la moda y el culto a la apariencia*, entre otros elementos que conforman las denominadas tribus urbanas.

Los investigadores que han tomado esta perspectiva han señalado **cuatro elementos fundamentales** en la configuración de la identidad de estos colectivos:

- 1) la imagen o reputación;
- 2) la afectividad o emocionalidad;
- 3) la contestación o resistencia a la oficialidad; y
- 4) la mediatización o propagación de imaginarios gracias a los medios de comunicación.

Estos colectivos se convierten en espacios protectores para los jóvenes que tienen problemas de identidad y su carácter es transitorio e inestable, pero permiten a los jóvenes *afrentar «la presión que el sistema ejerce sobre su identidad»*. Por otra parte, la inestabilidad inherente a las tribus otorga a las personas la posibilidad de «evolucionar de unas a otras». La «cultura de masas» de la sociedad moderna crea una masificación creciente, frente a la cual los individuos (y principalmente los jóvenes) reaccionan con el desarrollo de microgrupos denominados «tribus»

Los jóvenes “que se ven marginados de la sociedad” encuentran en estos grupos «primitivas formas de socialidad» que les permiten conexiones con sus pares a través de una mayor sensibilidad, a la vez que se afirman como ellos mismos y con el grupo, logrando una identificación que es expresada en la defensa de valores y territorios propios de la tribu y en el delineamiento de recorridos por la ciudad que son guiados por una lógica de sentir y tocar.

Para Costa y otros exponentes de esta mirada, estos jóvenes son influidos de tal forma por el sistema mass-mediático que no debe sorprendernos que el mundo juvenil no sea más que una fantasía de tipo hollywoodense en la que estos «rebeldes enmascarados» pretenden encarnar «películas al estilo Rebelde sin causa» (Costa et al 1996:35).

Esta imagen, que tiende a ser uniforme, posibilita a los miembros de estas “tribus” tomar como propios comportamientos y actitudes que reafirman la identidad y el sentido de pertenencia, *como reacción a un sistema sociocultural de valores dominante* que no se comparte. Esto implica el potencial de violencia que está presente en estos actores sociales, que están plagados de reacciones intensas y agresivas, lo cual sitúa a estos grupos en un estado liminal entre lo permitido y lo que no lo es por la oficialidad.

Estos grupos *tendrán una clara fuente de inspiración en la música y el escenario deportivo*, ya que pueden recibir de estos «un potencial de agregación masiva y de intensidad emocional» (Costa et al 1996:92).

Ahora bien, el término «tribu» es equívoco, ya que, en la antropología, éste hacía alusión a organizaciones basadas en el parentesco, la afiliación a un grupo por nacimiento y eran representaciones de sociedades sin Estado que estaban en un estadio determinado de la evolución: la barbarie. De estas nociones se va a derivar el término de «tribalismo» que será una forma peyorativa de caracterizar los comportamientos colectivos, tanto de sociedades diferentes a la occidental como ahora para analizar «la aparición de microculturas o microsociedades; de nuevas sociedades primitivas».

A pesar de esto, algunos autores se hacen preguntas sobre los hombres y mujeres jóvenes en este sentido: «¿qué hace que se enucleen y actúen como las antiguas tribus y clanes, construyendo de esta manera lazos y lealtades fuertes entre otras cosas, como las que podemos ver en estas agrupaciones?» (Zarzuri 1999:sp), lo que se califica como una búsqueda de afectos, de lazos comunitarios frente a la «creciente individualidad característica de la modernidad».

III SUBCULTURAS Y CLASE SOCIAL

También se ha utilizado el concepto de **subculturas juveniles** por parte de diferentes investigadores, cuyos elementos ya estaban presentes en los estudios sobre «bandas juveniles» en Chicago hacia 1915, generados frente al surgimiento de grupos de jóvenes con un aspecto fuera de lo común y comportamientos agresores al orden oficial, por lo cual eran considerados como delincuentes.

Tiempo libre o enfoque marxista

Posteriormente, los estudios sociales en esta área tomarían un giro centrando su atención en los lazos de solidaridad que cohesionan a los grupos, *en las diferencias*

intergeneracionales y el uso del tiempo libre. Sin embargo, no podemos pasar por alto la incorporación de las investigaciones de los Estudios Culturales con enfoque marxista en el decenio de 1970, las cuales sitúan a estas subculturas *en relación con el concepto de clase social* y proponen abordar el fenómeno marginal de dichos grupos como «resistencia a través de culturas juveniles y «redes generalizadas» rituales», en la cual surgen soluciones (como la diversión) a ciertos problemas de las clases bajas.

Lacalle considera que es allí donde surgen **los dos ejes básicos** que atravesarán los estudios británicos sobre el tema, y **los define como uno marxista** (*jóvenes/clase social*) y **uno liberal** (*jóvenes/tiempo libre*).

Muñoz señala que las subculturas se han entendido a partir de las necesidades de crear y mantener una autonomía frente a los padres, por una parte, y la contradicción que implica la de mantener la identificación parental, por otra, pero advierte que esta idea proviene de «un enfoque de clase que no explica cómo cristalizan nuevas subculturas, de dónde nacen otros estilos de vida» (Muñoz 1998b:271, énfasis en el original), ya que además de lo anterior, las subculturas juveniles implican resistencias simbólicas, luchas contra-hegemónicas y defensa de espacios culturales (Muñoz 1998b:271).

Contra-cultura

Ahora bien, algunos grupos no van a ser vistos como una subcultura sino **como una contracultura** (como los hippies), lo que de entrada significa relaciones entre uno y otro término, ya que determinados movimientos como los hippies y los movimientos estudiantiles *se han considerado como subculturas con dos particularidades*: «el poder del juego » que hace referencia a las ideas, creencias y valores *que se oponen a la cultura dominante* y de allí el término de contracultura que hacía referencia al abandono de las posiciones y *formas de vida consideradas «correctas»* lo que de hecho representaba la asunción de *formas de vida diferentes, nuevas prácticas sociales* que para algunas personas tuvieron su fin con la desaparición del hippismo y para otras está presente en cada una de las culturas juveniles.

Lo político

En este sentido diversas manifestaciones juveniles han estado ligadas a lo político porque algunas de sus expresiones se interpretan como tal. Sin embargo, a medida que se ha reconceptualizado lo político y se ha avanzado en el estudio de los movimientos sociales y lo político se hace visible en las prácticas cotidianas, en los intersticios que los poderes no pueden vigilar, *las culturas juveniles se ven como actores ya no esporádicos sino constructores de realidades diferentes*. Por supuesto, por lo general se ha visto a los jóvenes a través de un prisma por el que se observan algunos de los roles que identificamos en ellos: estudiantes, trabajadores, etc.

VI OTROS ENFOQUES

Los sectores universitarios han constituido un lugar protagónico en los cambios que ha vivido la imagen de la juventud como lugar en donde lo político ha estado presente de forma muy evidente y en donde se han evidenciado algunos de los hechos más incontrovertibles del cuestionamiento juvenil a la sociedad, lo que llevó a que los sectores juveniles hayan sido concebidos *como contraculturas* pero con términos positivos, en donde ya no eran vistos como producto de la anomia sino como búsquedas de formas alternativas de vida que se contraponían al mundo establecido.

Manera de ver a la juventud

Por una parte, *se ha dejado de ver a la «juventud» como una fase antes de la adultez, para ser vista ahora como «una fase culminante del pleno desarrollo humano» pasando a ser así lo deseable, ser joven lo es todo, después de los treinta años, ya es todo cuesta abajo. La segunda vertiente, se refiere a cómo las culturas juveniles se han convertido en factores dominantes de las «“economías desarrolladas de mercado”, en parte porque, debido a su diversidad. ahora representaba una masa concentrada de poder adquisitivo, y en parte porque cada nueva generación de adultos se había socializado formando parte de una cultura juvenil con conciencia propia y estaba marcada por esta experiencia, y también porque la prodigiosa velocidad del cambio tecnológico daba a la juventud una ventaja tangible sobre edades más conservadoras o por lo menos no tan adaptables».*

Por último, *las culturas juveniles han tenido una gran capacidad para lograr una rápida y creciente internacionalización, para lo cual, por supuesto, el mercado, la educación y los medios masivos han sido fundamentales, así como otros elementos como los viajes y las nuevas migraciones. Las culturas juveniles se han convertido en epicentros de la «revolución cultural en el sentido más amplio de una revolución en el comportamiento y las costumbres, en el modo de disponer del ocio y en las artes comerciales, que pasaron a configurar cada vez más el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos»*

Elementos propios

Esto implicó una serie de elementos propios *como su carácter popular e iconoclasta y nuevas formas de relacionarse con el mundo a partir de normas y valores diferentes a los parentales*, lo que incluye entre otras cosas el carácter paradójico de la relación entre las «expresiones auténticas» y las creaciones para los jóvenes desarrollados por los proveedores, es decir, por los dictámenes del mercado (Muñoz 1998a:201). Por otra parte, las culturas juveniles usan y reinterpretan lo que la sociedad ha puesto en circulación por medio de ese mercado y principalmente por los medios de comunicación (Serrano 1998a:242).

Como dice Carles Feixa, «en un sentido amplio, **las culturas juveniles** se refieren a la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente *mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional*» (1999:84). El término culturas juveniles, permite hacer énfasis en la construcción de la identidad y

no en la marginación, resaltando elementos como las estrategias y la vida cotidiana y no la delincuencia o, sencillamente, lo espectacular (Feixa 1999:85).

V CATEGORÍA DE GÉNERO

Mi intención en este trabajo es hacer énfasis en el uso de **la categoría de género como eje articulador para el estudio de las culturas juveniles**, lo que no implica olvidar o relegar otras categorías que son fundamentales y que deben estar entrecruzadas para poder entender o tener un mejor acercamiento a una realidad que es profundamente compleja y diversa. *Se trata de crear una red de categorías entrelazadas en forma de red, en donde el género nos sirve como articulación.* Las articulaciones que de allí pueden emerger las he denominado redes generalizadas para el estudio de las culturas juveniles.

La categoría de género a la que recorro como eje conceptual tiene un antecedente importante en la propuesta de Simone de Beauvoir: «ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana». Siguiendo la idea de esta autora no se nace mujer ni hombre, *se llega a serlo gracias a un proceso de socialización que se da dentro de un entorno social específico.* La historiadora Joan Scott, por su parte, define la categoría de género desde dos proposiciones:

- 1) Como elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos; y
- 2) como forma primaria de relaciones significantes de poder.

Las actividades son formas de comportamiento específicas que constituyen los roles sociales asignados a hombres y mujeres, que implican a su vez unas determinadas relaciones sociales de género. En este sentido, *el género es visto desde una perspectiva relacional según la cual la masculinidad y la feminidad sólo pueden comprenderse contrastándose entre ellas y como parte de una estructura mayor que es el género.*

La categoría de género *es ante todo una categoría relacional* que nos permite acercarnos a las diferencias y señalar las asimetrías en esas diferencias (Reguillo 2000:90), es decir, no sólo visibiliza los procesos de construcción identitarios a partir de un cuerpo sexuado, sino que muestra cómo las diferentes identidades *que se construyen se hacen de forma relacional, bajo parámetros inequitativos producto de la historia de una sociedad patriarcal, falocéntrica y sexista*, bajo la cual se establecen unas relaciones entre géneros atravesadas por el poder.

El concepto de género es básicamente una referencia analítica a un proceso de construcción social de lo que debe ser un hombre o una mujer. *Es importante resaltar que es un proceso social y no un producto biológico*; hace referencia a todas las diferencias entre hombres y mujeres que han sido construidas socialmente. Por ello, la diferencia con respecto al sexo es muy clara para muchos teóricos, *en cuanto que este es biológico*, lo que ha demostrado ser problemático, ya que, como lo ha señalado

Judith Butler, el «sexo» es construido no «como un dato corporal dado sobre el cual se impone artificialmente la construcción del género, sino como una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos»

Sin embargo, se habla del *sistema sexo-género en cuanto a que es el sexo la primera y fundamental referencia que recibe un ser humano al momento de su nacimiento y que lleva a que sea inscrito en determinadas pautas culturales* que «Las teorías feministas sobre el género tratan de articular la especificidad de la opresión de las mujeres en el contexto de culturas que distinguen entre sexo y género».

No es mi intención negar o invisibilizar la opresión que viven las mujeres, pero mi apreciación sobre el género es como una categoría relacional en la que diversas personas se ven constreñidas a inscribirse en un mundo masculino o uno femenino con base en un cuerpo sexuado.

VI OTRAS DENTIDADES

A pesar de esto, no es el sexo el determinante de la totalidad de las diferencias entre hombres y mujeres, sino que éstas están basadas en una diferenciación *en cuanto a funciones, división del trabajo y relaciones simbólicas y de poder derivadas de las diferencias de género*, o sea de la construcción social de las identidades masculinas y femeninas. Esto es muy importante, pues mujer u hombre no son más que categorías construidas dentro de diferentes discursos y no corresponden a alguna entidad homogénea de «mujer» u «hombre» que se enfrenten entre sí, sino que hacen parte de una «multiplicidad de relaciones sociales en las cuales la diferencia sexual está construida siempre de muy diversos modos».

De esta manera, esta categoría nos ayuda a comprender a la formación de la identidad y la diferencia y la puesta en escena de estas representaciones sociales por parte de hombres y mujeres que manejan símbolos y prácticas sociales en tanto cuerpos sexuados.

Eje articulador

La relación género, generación, clases sociales, identidad, etnicidad y territorio es el primer gran eje articulador de los grupos juveniles en la medida en que los diferentes actores tienen un sentido de identificación generacional frente a otro que es el mundo de los adultos o el mundo del «orden establecido». Mientras la juventud es un periodo transitorio, la generación acompaña a las personas durante toda su vida, es decir, las generaciones jóvenes envejecen, lo que implica que hay cambios de status pero no de generación; por otra parte, a pesar de las diferencias de clase, las personas comparten el hecho de pertenecer a una misma generación, lo que no implica por supuesto que compartan de la misma forma las percepciones de una generación determinada.

Identidad “cultural”

Y, por el otro lado, encontramos que la identidad cultural no es algo fijo e inmutable, sino que por el contrario *es cambiante y fluctuante*, que es importante el pasado sobre el que se ha construido, así como su contexto y su posicionamiento dentro de él, y que todo esto está atravesado por esas categorías fundamentales que son la historia, la cultura y el poder, lo que quiere decir, en sus palabras, que *«las identidades son los nombres que les damos a las diferentes formas en las que estamos posicionados, y dentro de las que nosotros mismos nos posicionamos, a través de las narrativas del pasado»*.

Esta mirada se puede complementar con lo propuesto por Manuel Castells, quien nos dice que *«la identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente»*. Siguiendo a este autor, considero que **la identidad es un proceso de construcción de sentido, el cual se realiza a partir de una serie de coordenadas geográficas, históricas, biológicas, memoria colectiva y relaciones de poder**. La identidad es relacional, es decir, se conforma en la interacción social: por una parte, se conforma a partir de la posición de los otros y, por otra parte, debemos tener en cuenta que las personas como seres colectivos, inmersos en una sociedad deben pertenecer a un grupo determinado como forma de reafirmar su identidad personal.

También podemos encontrar lo que Valenzuela ha denominado *red simbólica y que hace referencia «a formas de identificación en las cuales los jóvenes participan en la conformación del sentido de la red*. Es **una suerte de comunidad hermenéutica, una red de sentido** que no posee una estructura de cohesión social fuerte entre el conjunto de quienes forman parte de la red. *Las redes simbólicas son procesos de inter-reconocimiento entre los miembros de la red»*, con que lo que se hace referencia al mutuo reconocimiento entre punks, ravers o funkies de cualquier parte del mundo a partir de compartir músicas, estéticas o sentimientos.

La mirada actual ve a las identidades como móviles, dinámicas, referidas a un otro, y no limitadas a los elementos tradicionales, sino siempre dispuestas a adquirir nuevos y controversiales elementos. Por supuesto, tomo distancia de cualquier noción sobre la identidad que la presente como «una pizarra en blanco donde los sujetos pueden inscribir su identidad, borrarla y volver a escribirla, en la medida en que se lo permita o los inste a ello una red incoherente de relaciones personales en permanente expansión y cambio»

.La construcción de la identidad se da a partir de una serie de identificaciones con sujetos que consideramos nuestros iguales, con quienes compartimos una serie de expectativas, gustos, educación, lugares y una apropiación y utilización del entorno y del mundo, pero al mismo tiempo se da frente a otro con el cual se hace latente que *«la diferencia sexual es la primera evidencia incontrovertible de la diferenciación humana»* (Lamas 1995:62). *Esto quiere decir que la primera referencia identitaria es el cuerpo*, con lo que podemos decir que la identidad de género hace referencia a la pertenencia al sexo femenino o masculino (lo que no implica su identidad sexual) ser mujer u hombre, pero esto nos lleva a que la identidad se construye con base en otras diferencias como lo es la clase y la edad (para no hablar de otros elementos como nacionalidad, religión, etc.).

En palabras de Montecino, «*El tema de la identidad [...] restituye un doble movimiento: lo particular y lo universal*, por eso la constitución del sí mismo está atravesada por la unicidad y la multiplicidad. Así, el sujeto tomará los materiales de su identidad desde la cultura a la que pertenece; pero también de su clase, de su familia, de los modelos femeninos y masculinos en que ha sido socializado; por tanto, su conformación como sujeto será una experiencia que conjugará elementos singulares, intersecados por variables plurales: una clase, una cultura» (1995:266).

No podemos simplemente hablar de «jóvenes», *sin tener en cuenta el contexto en el cual se ubican dentro de la sociedad*, lo cual implica tener en cuenta la categoría de clase social, o aún mejor, de clases sociales. De hecho, ser joven fue algo reservado para las clases altas y sólo desde el siglo XX lo juvenil se extendió a otros sectores, pero de forma diferente, es decir, mientras la juventud de las clases altas se ve como deseable y algo que no se debe perder, tiene su antónimo en la juventud de las clases populares que se ve como «peligrosa».

VII ESPACIO Y TERRITORIO

Tampoco podemos olvidar que las personas habitan un territorio, que en este caso es urbano, una ciudad, que implica una pertenencia a un barrio pero también a una región y a pesar de que algunos grupos juveniles compartan elementos estéticos y musicales con pares en otros lugares no es lo mismo ser joven en diferentes ciudades en diversos países del mundo. *Las culturas juveniles, se apropian de espacios desde unas particularidades que están atravesadas por la clase social, el género y, por supuesto, lo local*, lo que implica que las condiciones culturales, económicas y, en general, sociales son diferentes en la medida en que obedecen a dinámicas particulares. Aunque esto pueda parecer obvio, muchos de los estudios que se han realizado no muestran o ignoran aspectos diferenciales importantes, como el hecho de que no es lo mismo ser joven en sectores marginales a serlo en medio de la opulencia, no es lo mismo ser una mujer joven de clase media en una gran ciudad, a serlo en una pequeña ciudad de provincia, no es lo mismo ser un joven metalero en una ciudad andina a serlo en una ciudad caribeña.

Al depender de todos estos elementos, «*las culturas juveniles diseñan estrategias concretas de apropiación del espacio: construyen un territorio propio*». Las culturas juveniles se han apropiado de sectores de la ciudad que antes eran considerados como lugares de paso y que se han convertido ahora no sólo en lugares para el ocio sino también en lugares simbólicos que ahora son propios de determinados grupos que se convierten en espacios de adscripción identitaria. Esta apropiación del espacio también puede ser cruzada con la categoría de generación, pues cada una de estas elabora una memoria colectiva que está vinculada a determinados espacios de la ciudad.

Es necesario también tener en cuenta allí los espacios de la ciudad tomados como centros de socialización o como lugares simbólicos como plazas, parques, centros comerciales, las esquinas de los barrios pero también lo que Serrano ha llamado

«escenarios de consumo» (1998a:243) y que bien pueden ser los anteriores o lugares como bares y discotecas, garajes y bodegas que por una noche o varias pueden ser lugares de encuentro para fiestas. De esta forma, las culturas juveniles crean territorios propios y los transforman de acuerdo a determinadas formas de habitarlos y de establecer una relación con los discursos dominantes que habían establecido usos que los jóvenes desvirtúan al resignificar el espacio que habitan.

VII LA “ETNICIDAD”

Por último, nos falta *resaltar la importancia de lo étnico* en la configuración de las posiciones de sujeto que, al igual que las anteriores, es una categoría problemática. Se considera que cada grupo humano tiene una conciencia de su particularidad cultural frente a otros grupos, y esto sería la etnicidad, lo que la convierte en posicionamiento político. *La etnicidad estaría sustentada en una serie de factores que incluyen los mitos, la tradición oral, la historia religiosa y por supuesto la identificación con un territorio*, entre otras cosas *La etnicidad* está ligada (lo que no significa que sean términos intercambiables) a la etnia, es decir, en términos antropológicos convencionales, «*un conjunto lingüístico, cultural y territorial*», cambiando el énfasis del sentimiento de pertenencia a una colectividad o a la comunidad lingüística, lo que hace a cada etnia «una entidad discreta dotada de una cultura, de una lengua, de una psicología específicas».

Uno de los elementos clave de la propuesta de Hall es su señalamiento de que todo el mundo tiene una etnicidad, *en la medida en que todas las personas, vienen de una tradición cultural, de un contexto histórico y cultural*, que es la fuente de producción de sí mismos, lo que es útil no sólo para el análisis de determinados grupos considerados como étnicos (indígenas y negros para el caso colombiano), sino que es una categoría que, como el género, cobija a todas las personas, incluidas las inglesas.

De aquí se deduce que el género, la clase y la etnicidad perpetúan la sociedad de clases que en sí es desigual y que la ilusión liberal de la superación económica que depende solo del esfuerzo personal es una trampa ideológica que oculta la desigualdad. Esto se evidencia en el estudio de las culturas juveniles en donde determinadas expresiones y formas de ser-estar en el mundo son asociadas a determinados hace un recorrido por las tendencias más relevantes sobre la etnicidad. grupos étnicos (los negros, e.g.), cruzados por la noción de clase en donde se asocian la pobreza (una forma de naturalizar la explotación) y la delincuencia juvenil como producto de determinadas etnias que condenan a los individuos desde su nacimiento a unas determinadas condiciones de existencia.

CONCLUSION

Ha sido mi propósito en este artículo mostrar la utilidad de una nueva perspectiva analítica en el estudio de las culturas juveniles basada en los conceptos de posiciones de sujeto y articulaciones de posiciones. *Considero que es necesario hacer una «puesta en red» donde se hagan relacionales las categorías de género, clase (o cuerpo) social, localidad (territorio), generación, etnicidad e identidad*, para dar cuenta de las complejas posiciones de sujeto (individual y colectivo) que se articulan en la dinámica contemporánea de las culturas juveniles. Por otra parte, considero que el género nos puede servir como categoría ordenadora del conjunto social que representan las demás, por lo que propongo la noción de redes generalizadas, como una perspectiva analítica de tipo holístico que nos permita una mayor comprensión del fenómeno que nos interesa.

BIBLIOGRAFÍA

(Todas las referencias bibliográficas electrónicas fueron revisadas por última vez el 30 de octubre de 2004)

- Beck, Ulrich. 1999. Los hijos de la libertad. FCE, México.
- Bochetti, Alessandra. 1995. Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos, 1981-1995. Cátedra, Madrid.
- Bonte, Pierre. 1996. «tribu». En Diccionario Akal de etnología y antropología. Bonte, P. y M. Izard. (eds.). 716-717. Akal, Madrid.
- Bourdieu, Pierre. 1990. «La “juventud” no es más que una palabra». En Sociología y cultura. 165-173. Grijalbo, México. 1988. La distinción. Taurus, Barcelona.
- Butler, Judith. 2002. Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo». Paidós, Buenos Aires.
- Castells, Manuel. 1999. La era de la información: Economía, sociedad y cultura. El poder de la Identidad-. Volumen II. Alianza Editorial, Madrid.
- Castellanos, Gabriela. 1994a. «Introducción. Género, discursos sociales y discursos científicos». En Discurso, Género y Mujer. 9-18. Universidad del Valle, Santiago de Cali. 1994b. «Desarrollo del concepto de género en la teoría feminista». En Discurso, Género y Mujer. 19-48. Universidad del Valle, Santiago de Cali.
- Costa, Pere-Oriol, Pérez, José Manuel y Fabio Tropea. 1996. Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia. Paidós, Barcelona.
- Echeverri, Eva. 2002. «Construcción de formas subjetivas en la escena techno de Bogotá». Monografía de grado para optar al título de politóloga, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Faur, Eleonor. 2003. «¿Escrito en el cuerpo? Género y derechos humanos en la adolescencia». En Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia. Checa, S. (comp.). 37-75. Paidós, Buenos Aires.
- Feixa, Carles. 1999. De jóvenes, bandas y tribus. Ariel, Barcelona. 1998. «La ciudad invisible. Territorios de las culturas juveniles». En Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Cubides, H. et al (eds.). 83-109. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá

Frith, Simon. 2002. «Contracultura». En Diccionario de teoría crítica y estudios culturales, Michael Payne (comp.), 100. Paidós, Buenos Aires.

Greaves, Thomas. 2002. «Etnicidad». En Diccionario de teoría crítica y estudios culturales. Payne, M. (comp.). 276-277. Paidós, Buenos Aires.

Hall, Stuart. 1999. «Identidad cultural y diáspora». En Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial. Santiago Castro et al (eds). 131-145, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Haraway, Donna. 1995. Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Cátedra, Madrid.

Hobsbawm, Eric. 2003. Historia del Siglo XX 1914-1991. Crítica, Barcelona.

Lacalle, Charo. 1996. «Subculturas juveniles: aproximaciones teóricas y metodológicas». En Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia. Costa, P.O., Pérez, J.M. y F. Tropea. 59-89. Paidós, Barcelona.

Laclau, Ernesto. 1987. «Los nuevos movimientos sociales y la pluralidad de lo social». En Revista Foro. No. 4:3-11. Noviembre.

Lamas, Marta. 1995. «Cuerpo e identidad». En Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. 61-81. Ediciones Uniandes/Tercer Mundo Editores/Universidad Nacional, Bogotá.

López, María del Pilar. 1997. «Antropología y género en Colombia». En Informes antropológicos. (Relaciones de género en los procesos de construcción social). N° 9:11-40. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Maffi, Mario. 1975. La cultura underground. Anagrama, Barcelona.

Maffesoli, Michel. 1990. El tiempo de las tribus. Icaria, Barcelona.

Malinowski, Bronislaw. 1995. Los argonautas del Pacífico occidental. Península, Barcelona.

Margulis, Mario y Marcelo Urresti. 1998. «La construcción social de la condición de juventud». En Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Cubides, H. et al (eds.). 3-21. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Marín, Martha y Germán Muñoz. 2002. Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles. Siglo del Hombre editores/Universidad Central –DIUC-. Bogotá.

Martín-Barbero, Jesús. 1998. «Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad». En Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Cubides, H. et al (eds.). 22-37. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Medina, Carlos. 2004. 8 y 9 de junio. Día del estudiante. Crónicas de violencia, 1929 y 1954. Alquimia, Bogotá.

Meillassoux, Claude. 1998. «Clases y cuerpos sociales» en Marx y el siglo XXI. Renán Vega (ed.). 56-81. Ediciones Antropos, Bogotá.

Montecino, Sonia. 1995. «Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades». En Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. 265-279. Ediciones Uniandes/Tercer Mundo Editores/Universidad Nacional, Bogotá.

Montenegro, Leonardo. 2004. «La cultura universitaria desde una visión de género. Propuesta para una investigación». En Significados y perspectivas de culturas universitarias en Bogotá. 55-66. Grupo Interuniversitario Investigare. Bogotá. 1997.

Pagar por el paraíso. Pobladores urbanos. Tomo X, Geografía Humana de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá.

Moore, Henrietta. 1991. *Antropología y feminismo*. Cátedra, Madrid.

Morales, María Carolina. 2002. «¿Qué significa ser joven en Bogotá? “La trampa de la ausencia de canas”». En *Jóvenes: construcción de proyectos vitales*. Toro, J. y A.M. Ortégón (comps.). 113-125. Escuela de Administración de Negocios -EAN-. Bogotá.

Mouffe, Chantal. 1994. «La democracia radical: ¿moderna o posmoderna?». En *Revista Foro*. No. 24, septiembre, 13-23. 1993. «Feminismo, ciudadanía y política democrática radical». En *Debate feminista*. Año 4, Vol. 7, marzo, 3-22.

Muñoz, Germán. 1998a. «Consumos culturales y nuevas sensibilidades». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 194-240. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá. 1998b. «Identidades culturales e imaginarios colectivos. Las culturas juveniles urbanas vistas desde la cultura rock». En *Cultura, medios y sociedad*, Martín-Barbero, J. y F. López de la Roche (eds.). 263-273. CES/Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Muñoz, Oscar. 2004. «¡Acepto con sumo gusto, yo me dejo persuadir! Jóvenes, tribus urbanas y originales estrategias de sociabilidad en la posmodernidad». En www.monografias.com/trabajos16/estrategias-sociabilidad/estrategiassociabilidad.html.

Ortega, Félix. 1999. «La quiebra de la identidad personal. El caso del género» en *Retos de la postmodernidad. Ciencias sociales y humanas*. García, F. y J. Monleón (eds.). Editorial Trotta, Madrid.

Pérez, José Manuel. 1998. «El ansia de identidad juvenil y la educación. Del narcisismo mediático contemporáneo y las estrategias educativas». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 263-277. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Pineda Giraldo, Roberto. 1994. «Antropología urbana, ciudad y región». En *Pobladores urbanos*. Arturo, J. (ed.). 73-96. Tercer Mundo/ICAN/COLCULTURA, Bogotá. PROEQUIDAD.(DNP/Presidencia de la República/GTZ). 1995. *Herramientas para construir equidad entre mujeres y hombres*. (manual de capacitación). PROEQUIDAD, Santafé de Bogotá.

Radcliffe-Brown, Alfred Reginald. 1972. *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Península, Barcelona.

Reguillo, Rossana. 2000. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma. Bogotá. 1998. «El año dos mil, ética, política y estéticas: imaginarios, adscripciones y prácticas juveniles. Caso mexicano». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 57-82. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Restrepo, Eduardo. 2004. *Teorías contemporáneas de la etnicidad*. Stuart Hall y Michel Foucault. Universidad del Cauca, Popayán.

Sabaté, Ana, Rodríguez, Juana Ma. y Ma. Ángeles Díaz. 1995. *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*. Editorial Síntesis, Madrid.

Scott, Joan. 1990. «El género: una categoría útil para el análisis histórico». En *Historia y género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Edicions Alfons El Magnánim, Barcelona.

Serrano, José Fernando. 2004. *Menos querer más de la vida. Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos*. Siglo del Hombre editores/Universidad Central –DIUC-, Bogotá. 2002. «¿El paraíso conservado? Moratorias sociales y tránsitos vitales». En *Culturas universitarias. Usos y aproximaciones a un concepto en construcción*. Alexis

Pinilla, (comp.). 13-25. Grupo Investigare, Bogotá. 1998a. «“Somos el extremo de las cosas” o pistas para comprender culturas juveniles hoy». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 241-260. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá 1998b. «La investigación sobre jóvenes: estudios de (y desde) las culturas». En *Cultura, medios y sociedad*, Martín-Barbero, J. y F. López de la Roche (eds.). 274- 309. CES/Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Stoler, Ann Laura. 1991. «Carnal Knowledge and Imperial Power: Gender, Race, and Morality in Colonial Asia». En *Gender at the Crossroads of Knowledge*. Di Leonardo, M. (ed.). 51-101. University of California Press, Berkeley.

Taylor, Anne-Christine. 1996. *Diccionario Akal de etnología y antropología*. Bonte, P. y M. Izard. (eds.). 258-259. Akal, Madrid.

Tubert, Silvia. 2003. «La crisis del concepto de género» en *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Tubert, S. (ed.). 7-37. Cátedra, Madrid.

Urresti, Marcelo. 2002. «Culturas juveniles» en *Términos críticos de sociología de la cultura*. Carlos Altamirano (Director). 46-49. Paidós, Buenos Aires.

Valenzuela, José Manuel. 1998. «Identidades juveniles». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (Eds.). 38-45. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Vasco, Luis Guillermo. 2003. *Notas de viaje. Acerca de Marx y la antropología*. Universidad del Magdalena, Bogotá. 1994. *Lewis Henry Morgan: confesiones de amor y odio*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Viveros, Mara. 2000. «Notas en torno de la categoría analítica de género». En *Ética: masculinidades y feminidades*. Robledo, A. y Y. Puyana (comp.). 56-88. CES/Universidad Nacional, Bogotá.

Zarzuri, Raúl. 1999. «Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas». En *Última Década*, No. 13. www.colombiajoven.gov.co/injuve/paises/chile/